
Aquellos días / Vanessa Cabuto Enriquez

Quedamos a las dos. Yo llegué a las tres. De cualquier forma tenía previsto no

verte, o, mejor dicho, haberte mentado en decirte que sí, que estaba bien eso de encontrarnos después de clases.

Te juro que no me costó nada recrear la escena: los dos sentados en la banca sombreada, al principio un poco lentas las palabras, mi sonrisa temblorosa, tu historia fragmentada.

El calor de la tarde, la interrupción del ambulante, la petición de caridad
Un peso quemé regale pa comer

Luego sugerir la caminata:

Vamos al café que te gusta, hay tanto que platicar.

Y así, andando sobre la acera, reír juntos, hablar de los otros, regresar a aquellos días, tomarnos de la mano, comprobar que el hueco que hay entre tus dedos se ajusta a la medida de mis manos
lo demás es cuestión de inercia.

Bordear la línea del abismo, no mirar el rostro del dolor. No es necesario volver a él.

Así de sencillo fue. Pero en cambio, decidí darle vueltas al reloj. Hice que fueran las dos, las tres, las cuatro del día anterior hasta llegar a donde no me sé ya tu nombre, ni reconozco la banca sombreada, ni mis manos tienen los surcos de tus dedos. Di la vuelta al reloj y lo dejé en los tiempos aquellos segura ya de que este día va a llegar y que nos reconoceremos cuando nos veamos. Tal vez dirás veámoslos a las dos y yo, ahora lo sé llegaré irremediablemente a las tres.

Â